

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 3: BIENAVENTURADOS LOS POBRES EN ESPÍRITU



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
- 3. Bienaventurados los pobres en espíritu**
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

3 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS POBRES EN ESPÍRITU

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3:

Queridos amigos, finalmente hemos llegado al punto en que nos adentraremos y nos sumergiremos profundamente en las bienaventuranzas de Jesús. Así que, oremos para que Dios abra nuestros ojos a su verdad y a su obra dentro de nosotros.

A lo largo de las Escrituras, las bienaventuranzas no son poco comunes. Hay unas treinta de ellas en toda la Biblia: declaraciones que definen con claridad quiénes son los bienaventurados según los estándares de Dios. Notarás que ninguna de estas treinta está relacionada con posesiones o posiciones en esta vida, sino que todas están relacionada con tener cierto carácter, o ciertas relaciones o poseer cierto conocimiento. Lo que aprendemos de esto es que Dios, principalmente, te declara bienaventurado por quién eres y con quién estás relacionado, y no por cosas externas como posiciones o posesiones, ya sean materiales o sociales.

De modo que, no perdamos de vista esta consoladora y reconfortante verdad: que no es otro sino el Rey del reino (Jesucristo) quien te declara bienaventurado en este pasaje. Eso significa que si tú posees dentro de ti —en el hombre interior— esta identidad interna, esta nueva identidad expresada en las bienaventuranzas, entonces Jesús te declara —más allá de lo que el cielo y la tierra puedan darte— siete veces bienaventurado. Por favor, no permitas que te sea robado este gran consuelo y aliento. No permitas que nadie te engañe diciendo que necesitas algo más que esto: que necesitas algún susurro divino especial o una visión divina para hacer que estos consuelos sean tuyos. Es cierto que, en cierta medida, necesitamos al Espíritu Santo para habilitarnos para leer las propias evidencias de gracia de Dios en nosotros, porque dentro de nosotros hay muchas otras cosas ocurriendo aparte de lo que estas bienaventuranzas expresan.

Pero, en ninguna parte Jesús dice que necesitamos algo adicional a nacer de nuevo para poder saber que somos bienaventurados.

Porfavor, evita también el error de basar tu esperanza en lo que ves dentro de ti mismo, porque al examinar cada línea de pensamiento en esta lista de bienaventuranzas, verás muchas deficiencias en tu interior. Haz entonces exactamente lo que haces, o deberías hacer, con los niños pequeños. Aunque ellos fallen por su inmadurez, por su juventud o por su torpeza, los animamos, los edificamos, les recordamos cuán especiales son, o los corregimos e instruimos y los ayudamos a crecer. Pero no los desechamos como si no sirvieran solo porque, aquí y allá, fallan. Así mismo, no hemos de proceder así con aquellos que le pertenecen a Cristo. En la expresión «bienaventurados», estamos escuchando a Jesucristo mismo. Él, divinamente, te declara bienaventurado. Si esto se ve en ti, créelo, confía en Él, abraza lo que Él declara. Eso, y solo eso, es razón para regocijarte, incluso si otros te rechazan, o si se burlan de ti, o —como se dice al final— te persiguen.

«Bienaventurados sois»—la definición de la palabra «bienaventurado» es difícil de captar en una sola palabra. Dichoso, feliz, privilegiado, bendecido; la palabra sugiere algo que excede cualquier cosa que podamos poseer en esta vida. Por ejemplo, si tuvieras todo el mundo en tu mano, aún tendrías menos que un grano de arena comparado con todo el universo que nos rodea. Sin embargo, aun esa comparación queda corta, porque aunque tuvieras el universo entero, no te satisfaría; y no podrías retenerlo contigo, pues todos sabemos que vamos a morir y debemos soltar lo que tengamos en esta vida. Tiene importancia que Jesús nos llame bienaventurados. Ahora bien, estos asuntos del carácter son evidencias de una nueva creación, de una vida espiritual que tiene una dimensión eterna, que tiene una duración infinita, pues nunca se desvanecerá.

Así que, examinemos la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3). Jesús declara que eres bienaventurado si eres pobre en espíritu. Preguntémonos, ¿qué significa, entonces, ser pobre en espíritu? Y en segundo lugar, ¿por qué eres bienaventurado si eres pobre en espíritu?

1. ¿Qué significa ser pobre en espíritu?

Así que, ¿qué significa, entonces, ser pobre en espíritu? Observemos primero las palabras. Ser pobre en espíritu no es lo mismo que ser pobre. Esta bienaventuranza no tiene nada que ver con pobreza material, física o social. Cualquier interpretación que se incline en esa dirección estará convirtiendo la enseñanza de Jesús en las bienaventuranzas y en el Sermón del Monte, en un evangelio social. Por supuesto, la enseñanza de Jesús tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento tiene mucho que decir sobre los pobres y acerca de los oprimidos, y sobre cómo nosotros, como cristianos, debemos ministrarles y representar el cuidado y el amor de Dios. Así que, descuidar el cuidado de los pobres es un grave mal. Pero esta bienaventuranza no trata de ese tipo de pobreza. Trata de una pobreza espiritual o de una disposición espiritual del corazón respecto a nuestra propia pobreza. De modo que, ser pobre en espíritu tampoco es lo mismo que ser espiritualmente pobre.

Cada uno de nosotros nace espiritualmente pobre como resultado de —lo que nos dice Génesis 3— nuestra caída de nuestro comienzo glorioso. Por lo tanto, ahora somos

espiritualmente pobres en el sentido de que estamos inhabilitados, somos impotentes para restaurar, impotentes para cambiar de la condición en la que estamos ahora hacia aquella condición de la que Dios habló en Génesis 1 y 2. Cuando lees Génesis 6 versículo 5, es realmente impactante lo que dice Dios: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal». Esa es una declaración muy sombría y oscura. Esta misma verdad es una verdad del Nuevo Testamento: la depravación espiritual es enfatizada en Romanos 3:10–18. Pablo escribe allí, como conclusión de toda la enseñanza del Antiguo Testamento: «Como está escrito —en el Antiguo Testamento—: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Romanos 3:10–12). Eso suena radical, pero es lo que las Escrituras confirman una y otra vez. Todos somos espiritualmente pobres, sin embargo, Jesús no está diciendo que eso es ser pobre en espíritu, porque normalmente no vemos eso en nosotros mismos. Somos orgullosos, podemos estar muy satisfechos de nosotros mismos o ser muy engreídos, arrogantes respecto a nosotros mismos. Nos sentimos ricos y capaces, nos sentimos competentes en cuanto a ser buenos delante de Dios y de los hombres. Y esto es porque miramos superficialmente hacia nosotros mismos. En Lucas 18, leemos un ejemplo de un fariseo que estaba delante de Dios, y que dio un gran discurso sobre sí mismo, sobre cuán bueno era, cuán digno era y por tanto cuán merecedor de salvación. Tal vez ninguno de nosotros tocaría nuestra propia trompeta públicamente como lo hizo él, pero esa es nuestra actitud interior. En nuestra actitud interior, no estamos lejos de hacer estas afirmaciones sobre nosotros mismos. Seamos honestos. Simplemente pensamos maravillas de nosotros mismos. Así que, ser espiritualmente pobres no es en absoluto lo que Jesús nos está enseñando en la primera bienaventuranza. ¿Qué, entonces? Ser pobre en espíritu es una mentalidad que consiste en ser cada vez más y más consciente de la propia pobreza espiritual de uno mismo.

Ahora bien, para ver esta pobreza espiritual, necesitamos un punto de referencia con el cual compararnos para que podamos notar nuestra propia pobreza. Ese punto de referencia son los dos primeros capítulos de la Biblia, Génesis 1 y 2, y el estudio de esas verdades, en comparación con dónde estamos ahora como humanidad, es el medio que el Espíritu utiliza para llevarnos a esta mentalidad de ser «pobres en espíritu». Amigos, hemos caído tan profundamente de nuestra gloria original, de nuestra bienaventuranza, felicidad o gozo originales. Si abres Génesis 1 y 2 y lo lees detenidamente, notarás ahí se nos habla de una hermosa verdad. En primer lugar, Dios nos colocó en un lugar de vida perfecto y espléndido, donde vivíamos en la comunión más hermosa y satisfactoria para el alma con Dios, y con los demás seres humanos, y con toda la naturaleza a nuestro alrededor. No había nada fuera de lugar. Ni enfermedades, ni sentimientos negativos, nada. Un lugar sin espinos ni cardos, sin enfermedad ni tristeza, un lugar sin temor ni defectos, algo que difícilmente podríamos imaginar. Pero, además de aquel lugar donde vivíamos, nosotros éramos la obra maestra del poder creativo y de la sabiduría de Dios. Génesis 1 nos dice que fuimos hechos para reflejar la imagen de Dios. ¿Cómo? Principalmente en el amor devocional, en la santidad, en la ausencia de pecado en nuestra vida para con Él, para con los demás y para con la naturaleza a nuestro alrededor. Éramos templos vivientes y en movimiento, dedicados y llenos de Dios. A diferencia de nuestro estado actual, entonces éramos espiritualmente ricos. ¿Qué significa eso? Que éramos capaces de servir a nuestro Dios y Creador con un servicio amoroso, con todo nuestro ser, con toda nuestra fuerza, con toda nuestra mente.

Éramos capaces de servir puramente a nuestro prójimo, con total abnegación, en amor. Éramos capaces de administrar la tierra, de explorar, de inventar, de desarrollar, de diseñar, sin jamás deshonrar a nuestro Creador. No había, entonces, absolutamente nada malo en nosotros. No había inclinación al pecado. No había lucha con tentaciones de egoísmo, no había esas vergonzosas e impuras imaginaciones que hoy no nos atreveríamos a compartir. No había debilidad ni defectos internos que nos hicieran tropezar a pesar de nuestros mejores esfuerzos. Éramos espiritualmente ricos.

Ahora, en contraste con eso, hoy somos radicalmente pobres. La palabra griega que Jesús usa para «pobre» es alguien que está en bancarrota, completamente indigente. No solo «pobre», sino que ya no tiene absolutamente nada. «Bienaventurados los pobres en espíritu», los que están en bancarrota. Ahora, ¡cuán cierta es esa descripción en lo espiritual! En verdad estamos completamente arruinados y necesitados espiritualmente. Carecemos de toda cualidad en nosotros para ser buenos y hacer lo bueno ante el ojo omnisciente de Dios, conforme a sus normas. No podemos amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, con toda nuestra fuerza y con cada fibra de nuestro ser, en todo momento y en toda circunstancia. No amamos, y no podemos amar a cada prójimo como nos amamos a nosotros mismos en el mismo grado en que Jesús amó incluso a sus enemigos. Carecemos de esa capacidad de amar. También hemos perdido la capacidad de reparar la relación entre Dios y nosotros. Simplemente ya no tenemos la justicia necesaria. Todo lo que intentamos ser o hacer ante Dios no logra cerrar la brecha, pues todo queda corto de la gloria de Dios y de la satisfacción de las demandas de su santidad y justicia.

Así, antes de considerar la segunda mitad de este versículo, hagamos una pausa por un momento. Imagina que estás sentado en el consultorio de un médico, y él extiende una radiografía delante de ti. Te lee el informe devastador que allí se muestra. «No solo tienes cáncer, —dice él—, tienes cáncer en todos los órganos, en cada músculo, en cada nervio y por toda la piel». Mientras apenas estás intentando procesar esta verdad devastadora que comienza a hundirse en tu mente, y mientras comienzas a percibir la evidencia de ello en tu cuerpo, imagina que el médico te dice: «Bueno, amigo mío, eres un hombre bienaventurado. Felicitaciones.» ¿No lo mirarías con algo de desconcierto? ¿No sentirías el impulso de salir corriendo del consultorio? Al menos, ¿no alzarías la voz para rechazar su felicitación? Eso es, en esencia, lo que hizo Jesús, ¿no es así? «Bienaventurados los pobres en espíritu», y no solo estos, sino los que lloran, los mansos, los que tienen hambre. Jesús te llama bienaventurado cuando estás lidiando con la pobreza espiritual, cuando te lamentas y te sientes culpable, cuando hay un hambre espiritual que te carcome. ¿Cuál es el punto? ¿Por qué llamaría «bienaventuradas» a tales personas? Bueno, ese es nuestro segundo punto.

2. *¿Por qué eres bienaventurado si eres pobre en espíritu?*

¿Por qué eres bienaventurado si sientes o si ves que eres pobre en espíritu? Ahora, dejemos algo claro: ser «espiritualmente pobre», o ser «pobre en espíritu», o descubrir esta bancarrota espiritual, no es una bendición en sí misma. Jesús no está glorificando la pobreza. Él no se deleita en los sentimientos negativos. Tampoco dijo —y por favor, ténlo presente en todas estas declaraciones— tampoco dijo que eres bienaventurado cuando te sientes pobre en espíritu o

cuando te sientes afligido o cuando te sientes hambriento. Sí, hay sentimientos reflejados en estas primeras cuatro bienaventuranzas, pero no son dulces, no son emocionantes, no son agradables. Si solo entendieras estas declaraciones desde la perspectiva del sentimiento, sería imposible comprender por qué Él llama bienaventuradas a tales personas. Sin embargo, «bienaventurados los pobres en espíritu». Él declara que eres bienaventurado si eres pobre en espíritu, como fruto de una comprensión creciente de tu bancarrota espiritual y moral. Y hay tres razones por las cuales eres bienaventurado.

La primera es porque llevas una evidencia de la obra salvadora del Espíritu Santo en tu corazón. Esta bienaventuranza de ser pobre en espíritu no es el fruto de la autorreflexión. No es fruto de una depresión mental, no es simplemente negatividad mental. Aunque todas esas cosas pueden traer cierto sentido de necesidad o pobreza y tristeza, ninguna de ellas trae un sentido de duelo y pesar por los pecados cometidos, ni una mansedumbre ante Dios y los demás, ni un hambre y sed por la justicia de Jesucristo. Pero esta bienaventuranza de ser pobre en espíritu es el fruto del ministerio salvífico del Espíritu Santo. Sin su ministerio personal en nosotros, permaneceríamos espiritualmente ciegos a nosotros mismos. Permaneceríamos indiferentes ante la condición en la que estamos, impasibles. Sin embargo, como fruto de ese toque salvífico de Dios, Él está preparando nuestro corazón para mayores bendiciones de las que la humanidad o la tierra puedan jamás ofrecernos o conseguírnos. Es su preparación para lo que viene después. Esa es la primera razón por la cual esta es una bienaventuranza.

La segunda razón por la que es una bienaventuranza es porque es mediante este descubrimiento que el Espíritu Santo nos guía a los pies de Jesucristo, el Rey del reino. Mientras Jesucristo predicaba estas bienaventuranzas, tenía muchos oyentes que quedaban muy impresionados. Notarás que cada vez que predicaba, muchos venían a escuchar. Al final del sermón, ya hemos oído: «Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mateo 7:28–29). Así que Jesús tenía muchos admiradores que lo seguían por días, semanas, meses. Y sin embargo, hacia el final de su ministerio, estos admiradores se apartaron, y el número se hizo cada vez más y más pequeño. Finalmente, lo rechazaron. ¿Por qué? Porque nunca abrazaron el propósito principal del ministerio espiritual de Jesús. Muchos querían que Él simplemente se deshiciera de los sistemas de gobierno opresores. Querían que tomara el mando, que quitara las enfermedades físicas. Querían que hiciera que todos fueran saludables y adinerados, como en los días de David y Salomón. Pero ese no era el propósito principal del ministerio de Jesús. Su ministerio en la tierra no fue con esa intención ni con ese fin.

El ángel anunció a José, en Mateo 1:21, acerca de la venida de Jesús, diciendo: «Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» —de su maldad, de su incredulidad, de todo ese mal que yace en nosotros, que nos domina y nos rodea. El ministerio del Espíritu Santo, amigos míos, es glorificar a Jesucristo, y hacer irresistible para tu corazón a la persona de Jesús como el médico de tu alma; como aquel que puede cerrar la brecha entre tú y tu Creador con su sangre expiatoria; como aquel que puede proveernos de la obediencia perfecta y de la justicia que necesitamos. ¿Nos presentaremos ante el Dios todopoderoso y santo con una justicia que no tenemos? Estamos en bancarrota espiritual. Ahora, para lograr esto, el Espíritu Santo nos hace conscientes de nuestra verdadera necesidad espiritual. Y la necesidad de nuestra pobreza radical y de nuestra incapacidad de reparar la brecha y de satisfacer las demandas de Dios es su obra preparatoria para guiarnos a los pies de Jesucristo y su cruz. Ahora, esta

conciencia dolorosa de nuestra pobreza espiritual te hace diligente en buscarlo. Te impulsará a preguntarte: «¿Cómo puedo ser salvo de esta realidad?» Y esa es la actitud preparatoria con la que el Espíritu nos dispone a venir a Jesucristo como la provisión del Padre, de los cielos y de la tierra, para suplir nuestra necesidad.

Y ahora, por último, la tercera razón por la que eres bienaventurado cuando eres pobre en espíritu es la promesa de que «de ellos es el reino de los cielos» aún estando en la tierra. Hablamos de una verdad asombrosa. A estas personas espiritualmente arruinadas, estando en bancarota, humilladas, quebrantadas por esta condición de pérdida y de pobreza, incapaces de recuperarse Él les dice: ¡A a ti te pertenece el reino de los cielos! Eso significa que todo lo que pertenece al reino de los cielos ya es tuyo, y lo será para siempre. En otras palabras, estos pobres en espíritu no son pobres en lo absoluto. Todas las bendiciones, todas las riquezas, toda la seguridad, la provisión, las promesas, el contenido de la redención misericordiosa de Dios y de su reino futuro, ya les pertenecen a ellos. En 2 Samuel 9 leemos acerca del rey David. Él trae a su palacio al hijo paralítico y pobre de Jonatán, y David le dice cuando ya está en su palacio: «No tengas temor, porque yo a la verdad te haré misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre; y tú comerás siempre a mi mesa» (versículo 7). Al oír eso, Mefi-boset, pues ese era su nombre, se inclinó ante el rey en asombro total. Ahora guarda esa imagen en tu mente. Cada alma nacida de nuevo es como ese Mefi-boset paralítico, recogido por el rey David. Aunque en cierto sentido serás como Mefi-boset, y seguirás viéndote como espiritualmente pobre toda tu vida en tu propia opinión. Sin embargo, ya eres parte del reino de los cielos de Jesús, vives del sustento celestial. Y como escribe Pablo: «Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada» (Romanos 8:38–39) podrá sacarte de ese reino de los cielos. Por tanto, eres bienaventurado.

Conclusión

Así que, como repaso de lo que hemos aprendido hoy, permíteme hacer dos observaciones finales sobre esta primera bienaventuranza. Primero, la vida espiritual, la verdadera vida espiritual, siempre está acompañada por un sentido de humildad y convicción de nuestra pobreza espiritual. El ministerio salvífico del Espíritu nos enseña lo que John Newton, el antiguo traficante de esclavos —salvado por gracia, autor de «Sublime gracia»— dijo una vez con mucho poder, él dijo: «Con respecto a mi salvación, no tengo nada, no soy nada, no puedo hacer nada, no puedo cambiar nada, no puedo dar nada». Y yo podría añadir: «y sin embargo, lo tengo todo en Cristo». Esa condición continua de pobreza espiritual es lo que también experimentó el apóstol Pablo cuando dice: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24). Nos acompaña toda la vida, pero no más allá de ella.

En segundo lugar, la bienaventuranza que Jesús declara no se mide por sentimientos ni por experiencias. Aunque la pobreza espiritual no es un sentimiento agradable, no obstante es el medio común que Dios usa para que nuestras almas busquen el remedio en Jesucristo. A ninguno de nosotros le gusta el dolor —el dolor físico— pero, aunque el dolor físico no es una bendición en sí mismo, sí lo es, porque nos alerta de que hay un problema serio en el cuerpo que requiere atención. Piensa en eso cuando pienses en esta primera bienaventuranza. Como comenta

Matthew Henry: «Esta pobreza de espíritu es una disposición de gracia para el alma, por la cual somos vaciados de nosotros mismos para ser llenados de Cristo». Por lo tanto, esta convicción de que no somos nada y que no tenemos nada delante de nuestro Dios santo es un aspecto fundamental de todo crecimiento espiritual.

Que Dios bendiga esta exposición de la primera bienaventuranza. Y entonces estaremos listos para pasar a la siguiente: «Bienaventurados los que lloran». Gracias, que Dios te bendiga y te haga una bendición.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la segunda bienaventuranza: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación».